



Foto de Isabe G. de Diego

ISLAS CANARIAS ISLAS CANARIAS

Desde la Península, en avión desde Madrid a Tenerife, dando un par de vueltas por el cielo antes de aterrizar por culpa de las muchas nubes que había, viendo desde lo alto las islas de El Hierro, La Palma, La Gomera, Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura, Lanzarote y La

Graciosa, llegué a mi hotel de un complejo turístico de cuatro estrellas compuesto por cinco edificios de siete plantas, más otro edificio de logística, mantenimiento y calderas; todos ellos elevados alrededor de un patio interior inmenso con dos piscinas enormes: una, con agua de mar y, la otra, con agua natural depurada.

Eran las cinco de la tarde, y el pasodoble tradicional compuesto por Josep María Tarridas: “Islas Canarias, Islas Canarias” sonaba en todo el complejo.

Mi habitación de la séptima planta estaba justo encima de la habitación de la sexta planta donde estaban instaladas para pasar toda la temporada de verano, una mujer, casada con un general, con sus dos hijas mayores y una menor, a las que saludé al salir al balcón por ver el hermoso patio del complejo.

Justo el mismo día y a la misma hora, la habitación del quinto piso por debajo del sexto fue ocupada por un joven de buen ver que a mí me pareció un llanero solitario, pues se instaló él solo con una mochila en la que sólo podía caber una muda.

El salió al balcón, hizo que aspiraba y respiraba y se metió dentro de la habitación sin decir nada. Yo, al verle, pensé que sería un representante de algún producto cosmético por el remolino que llevaba en la cresta.

Según me enteré después, el vino por quince días a la Isla.

Ya se metió para adentro pero, al poco rato, salió al balcón desnudo, poniéndose a hacer con su pene erecto disparatadas. Salido como estaba, comenzó a frotarle y sacudirle, hablándole de esta manera dirigiendo su pene hacia el sol poniente:

-¡Arre Plata, eyacula a la volada.

Esto lo hizo este exhibicionista pajillero masturbante tres días en la semana, viéndole la mujer y las hijas del sexto; una señora que le hizo un video desde un tercer piso de otro edificio; y unos trabajadores electricistas que se subieron en una escalera larga por poder verle, y reírse de él; siempre coincidiendo con las primeras letras del pasodoble que sonaba:

“¡Ay, Canarias! la tierra de mis amores,

Ramo de flores que brotan de la mar.

Vergel de belleza sin par,

Son nuestras Islas Canarias, que hacen despierto soñar”.

Al cuarto día, en su eyaculación de las cinco de la tarde, cuando el pajillero le hablaba a su pene diciendo:

-¡Arre, Plata, llega hasta la Vía Láctea;

La hija pequeña de la señora del general alargó la mano, afuera del balcón, con intención de coger al vuelo un espermatozoo que volaba, diciéndole su madre:

-No, hija, no, no cojas eso, que es caca.

En la noche de este día, la dirección del Hotel mandó a una camarera o mucama de habitaciones para anunciar al pajillero que era expulsado por su “actividad obscena” y “exposición indecente”. Que sería llevado a otro Hotel de una estrella, y que no se le ocurriera hacer esas marranadas, pues sería denunciado; que si, ahora, no lo hacían, era por no ponerle al Complejo una mancha negra; cosa que nunca había sucedido.

Al día siguiente, según me dijo un camarero de la Cafetería, el pajillero se fue de Tenerife para la Península este mismo día, sin disfrutar de los restantes días de vacaciones que le quedaban.

Este mismo camarero me comentó que, al reprenderle por sus acciones bien obscenas, este le dijo:

-Echo mis bendiciones sobre las piscinas, para luego buscarlas cuando me bañe.

Otro día, hablando con la señora del General, diciéndole:

-Vaya ejemplar de la Península que nos llegó ¿eh, señora?

Ella me contestó:

-Lo nunca visto. ¡Mira que venir a las Islas un joven trastornado para sacarla al balcón y solo hacerse pajas, bendiciendo las piscinas con su carnal hisopo; Ja, ja, ja.

-Daniel de Culla